

FUNCIONES QUE SE ATRIBUYEN A JESUCRISTO EN EL CPV

P. Pedro Trigo, S.J.*

Abstract

The Plenary Venezuelan Council deals abundantly with Jesus of Nazareth. On many occasions it refers simply to underline his position on the matter being treated, but many more deals with specific aspects of his life (I dare say that has more specific references that all councils together) as a criterion of discernment on various topics. In the study that we are presenting, we take nine of the sixteen conciliar documents and analyze the words of Jesus Christ, inscribed in the document to determine their role in it. We found that Jesus is presented as a living person who calls us to a decisive encounter, as a paradigm of humanity in very specific areas, moreover, as archetype that humanizes and therefore as a parameter to discern. We see Him always united to the kingdom of God. It is also a specific content.

*P. **Pedro Trigo Durá** es jesuita venezolano de origen español riojano, nacido en 1942. Estudio Letras y Filosofía en las Universidades Católicas de Caracas y Quito, donde se licenció en Filosofía en 1966. Luego se doctoró en teología en la Universidad de Comillas (Madrid) en 1980. De 1964 a 1966 tuvo contacto con Monseñor Proaño en Ecuador sintiéndose desde entonces comprometido con el tipo de la Iglesia y de pastoral que él representó. En 1973 fue discípulo de Gustavo Gutiérrez en Lima. Desde 1972 ha participado regularmente en encuentros de teólogos latinoamericanos. Desde el año 1973 pertenece al grupo Gumilla (Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela), del que ha sido director. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Vive en una parroquia popular y acompaña a comunidades cristianas populares. Anima y asesora a la Vida Religiosa en Venezuela y América Latina, comprometido en un esfuerzo intercongregacional en orden de una Vida Religiosa inserta e incultrada en los medios populares. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de Teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosas publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLa, ITER, Sic, Anthrops, Nuevo Mundo...

Keywords: Jesus Christ, Paradigm and Archetype of Humanity, Education, Social Communication's Media, Builders of a new Society, Family, Youth, Ecumenism, Prophetic proclamation of the Gospel.

La ponencia inscribe las citas sobre Jesús en sus contextos conciliares para comprobar qué lugar ocupa Jesús en los asuntos que se tratan. Ante todo si Jesucristo es criterio para su elucidación o sólo confirmación de posiciones tomadas, y después el papel concreto que desempeña Jesús.

Desarrollaremos el tema de manera inductiva. Partiremos de los documentos que tratan sobre actividades (Educación, Cultura, Medios de Comunicación, Contribución de la Iglesia a la gestación de una nueva sociedad), luego seguiremos con los que conciernen a diversos colectivos (Familia, Jóvenes), a las diversas vocaciones dentro de la Iglesia (Laicos, Ministros y Vida Consagrada), a actividades y dimensiones que constituyen a la Iglesia (Catequesis, Comunión e Instancias de comunión para la misión), al diálogo con otras instituciones religiosas (Ecumenismo y diálogo interreligioso y postura ante las sectas), para concluir con el que trata programáticamente del tema que es La proclamación profética del evangelio hoy. Lo hacemos así porque de hecho los documentos fueron tratados con relativa independencia mutua y las coincidencias que puedan darse se deben a que todos expresan más o menos a la asamblea.

Si empezamos por el sistemático, puede dar la impresión de que este esquema se ha aplicado en los diversos documentos. No ha sido el caso. Por eso, si resultara que hay una coherencia fundamental, eso significaría que la hay en los actores del concilio, por eso expresaría que existe en ellos una cristología orgánica. Esto sería un hallazgo fecundo. Comencemos, pues, a analizar los documentos¹.

¹ Como no he podido concluir la redacción de lo programado y no puede esperar la edición de la revista, presento aquí únicamente una parte de esta primera parte analítica, es decir el análisis de nueve documentos: Educación (E), Medios de Comunicación Social (MC), Contribución de la Iglesia a la gestación de una Nueva Sociedad (CS), Evangelización de la Cultura (C), Familia (F), Juventud (J), Catequesis (CT), Ecumenismo (ED) y Proclamación profética del Evangelio (P).

Función de Jesús en la educación católica: su persona como paradigma, su proyecto como eje transversal, sus valores como espíritu que impregna el proceso educativo.

De buenas a primeras parecería que la justificación de la dedicación de la Iglesia a la educación incurre en un paralogismo, es decir en una utilización descontextuada y por tanto equívoca de la palabra enseñar. Dice el Concilio: “La misión de llevar la buena noticia de Jesucristo a todos los pueblos le exige a la Iglesia dedicar una atención especial al tema de la educación (...) Por esto, la presencia de la Iglesia en la educación es indispensable en la Nueva Evangelización” (E 1). Y recalca más explícitamente: “La razón por la que la Iglesia dedica tantos esfuerzos a esta área es el cumplimiento de su misión evangelizadora de anunciar a Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador, y de favorecer una adhesión personal que produzca cambios en la vida de las personas” (E 2).

El primer comentario que habría que hacer a estos textos es subrayar que en directo, el cumplimiento del mandato de Cristo se hace mediante la evangelización, de la que se ocupa el primer documento del concilio, que es *La proclamación profética del evangelio de Jesucristo*, y posteriormente la catequesis, a la que se dedica expresamente otro documento. También esta proclamación tiene lugar en la liturgia, como se afirma muy taxativamente en su documento respectivo.

La educación como tal no trata directamente de Jesucristo. Cuando Jesús resucitado encarga a sus discípulos que enseñen a todas las gentes todo lo que les ha mandado (Mt 28,20), no se refiere, obviamente, a ninguna de las materias que conforman el *pensum* escolar. Entonces ¿cuál es la justificación de la educación católica? Iría en contra de la libertad inherente al acto de evangelización, ofrecer a los padres y representantes una educación de calidad y meter de contrabando la evangelización y catequesis. En el aula cabe y es necesaria la información objetiva de lo que es la religión en la historia y la vida humana, y en nuestro ámbito, de mayoría cristiana, la información sobre el cristianismo. Pero no cabe la evangelización, que es un acto libre, tanto de parte del evangelizador como del evangelizando, y no una materia que se ha de cursar obligatoriamente para graduarse.

Entonces ¿no tiene justificación la educación católica? Sí. La tiene plenamente. En primer lugar la educación, como eje trasversal, debe presentar a los que se inician en la vida, modelos eximios, creíbles y vivibles de realización humana. El sentido de la educación católica es presentar a Jesús como paradigma

de humanidad en cuanto que no se presentó como un estadista, un guerrero, un inventor, un filósofo, un genio de la economía o un filántropo, sino simplemente como un ser humano, pero a fondo, tan humano como sólo el Hijo de Dios podía serlo: “La Iglesia en su misión a lo largo de la historia nos ha presentado a Jesús como modelo de humanidad y como maestro que supo rodearse de discípulos. Jesús es maestro que respalda su palabra con su vida” (E 87).

Pero Jesús no ofrece sólo su persona. Ella está ligada indisolublemente a un proyecto, no sólo un proyecto de vida sino un proyecto histórico: el reino de Dios, es decir el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Por eso la educación católica debe desgranar este proyecto, que es un proyecto de humanización integral: “Los educadores católicos (...) están llamados a ofrecer el proyecto de Jesús como un estilo de vida humanizador y liberador, a través de todo su desempeño profesional y ejemplo de vida” (E 99)

Ese proyecto tiene, no sólo unos contenidos nucleares sino también unos valores que de suyo son universales y profundamente humanizadores. Son los que deben impregnar la educación católica: “En su dimensión evangelizadora, la escuela católica asume el misterio de Cristo, como camino, verdad, y vida que ilumina la comprensión de la vida personal y del mundo (Cf. Jn 14,4-7). Con Cristo como centro, el proyecto educativo católico encuentra la manera de ser fiel a la esencia de los valores de la vida humana” (E 109), por ejemplo “valores de responsabilidad y solidaridad” (E 52).

Ahora bien, estos contenidos y estos valores no pueden estar yuxtapuestos a los contenidos y valores que se imparten a lo largo del *pensum* sino que deben elaborarse pedagógicamente de manera que impregnen todo el desempeño escolar como su perspectiva y espíritu: “La fidelidad al Evangelio de Jesús y los fundamentos de una auténtica cosmovisión cristiana, son recursos que la escuela católica debe convertir en iluminación al pensamiento pedagógico y a la práctica docente” (E 111); o, dicho de otra manera, tienen que “llenar de Evangelio los proyectos educativos” (E 52).

Por eso, en la línea de la *Constitución pastoral de la Iglesia en el mundo actual* del concilio Vaticano II, resumen todo diciendo que “la educación es un ministerio de servicio al hombre y al mundo” (E 1). Porque la Iglesia, como su Maestro, es experta en humanidad y servidora de la humanidad.

Ahora bien, para que todo esto sea posible los educadores han de ser auténticos discípulos.

Función de Jesús en los medios de comunicación social: Él es la comunicación personalizada de Dios (el medio es el mensaje), el paradigma de comunicador y contenido indispensable

Los Medios de Comunicación Social son en nuestro mundo globalizado una industria en manos de grandes empresas y sobre todo de corporaciones mundializadas. Son además el medio principal que tienen las demás empresas para publicitar sus bienes y servicios. Y son finalmente el escaparate en el que se exhibe el modo de vivir que postula el mercado totalitario, centrado en el circuito de la producción y el consumo, como el único digno de ser vivido. Pero pueden cumplir todos esos objetivos porque informan de lo que acontece en todo el mundo al tiempo en que sucede, porque dan elementos para comprenderlo y procesarlo, y porque entretienen, divierten y culturizan.

Además, en unos países más que en otros, los gobiernos tienen medios que les sirven de propaganda, en unos de manera más indirecta y en otros masiva y abiertamente. Sin embargo también estos medios, para que tengan audiencia, dependen de que sus mensajes empaten con deseos, necesidades y expectativas de la gente.

En concreto los católicos venezolanos no tenemos casi ningún poder para influir en la marcha de esos grandes medios mundializados. Sí tenemos más posibilidades de influir en la marcha de los medios nacionales.

De buenas a primeras este mundo de la comunicación masiva parece completamente alejado del influjo del evangelio de Jesucristo e impermeable a su irradiación personal. ¿Qué función puede y debe ejercer Jesús de Nazaret, un campesino del siglo I, en este medio tan marcadamente contemporáneo?

Como expresamos en el caso de la educación, el concilio no se resigna a que ningún aspecto de la realidad humana quede desasistido de los valores del Reino que proclamó y ejerció Jesús. Por eso pone a todos los cristianos ante el reto de la evangelización: “La evangelización, como bien lo ha expresado la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Puebla, debe ir conformando los modos de pensar y de obrar de acuerdo con los valores del Reino anunciados por Jesús (verdad, libertad, justicia, amor y paz), para que impregnen con sabor evangélico todas las realidades humanas” (MC 4). Esto es así porque “la misión de la Iglesia, su identidad y razón de ser, la vocación recibida de su divino Fundador, es evangelizar (EN 14)” (MC 5).

¿En qué consiste en este punto la insistencia del concilio? En hacer presente, tanto a los dueños de los medios, como a quienes laboran en ellos, como a los usuarios, que la comunicación, el pleno sentido humano de lo que significa comunicación, debe de constituirse en el parámetro para medir a los medios y en el paradigma hacia el que deben encaminarse.

En primer lugar, el propio Jesús como acontecimiento histórico es el evento comunicativo más denso y trascendente de la historia. En términos cristianos, es un acontecimiento trinitario. El Padre nos comunica a su Hijo humanado como salvación definitiva, y el Hijo nos comunica desde el Padre a su propio Espíritu, que nos capacita para constituirnos en hijos de Dios y hermanos de todos los seres humanos, es decir para recibir la salvación definitiva y plena: “En el Verbo hecho carne el evento comunicativo asume su máxima dimensión salvífica: de este modo se entrega al hombre, en el Espíritu Santo, la capacidad de recibir la salvación y de anunciarla y testimoniarla a sus hermanos’ (RD 4)” (MC 76).

Cristo comunica no sólo un mensaje sino la realidad del mensaje: su vida es la comunicación real y plena del amor del Padre que nos impulsa y capacita para construir un mundo de hermanos: “La comunicación humano-divina, vista desde la fe cristiana, tiene su centro en Cristo resucitado, comunicador de la buena nueva del amor del Padre y del Reino de Dios” (MC 77). Así pues en Jesús sí sucede plenamente que el medio es el mensaje. Jesús es el medio de comunicación social personalizado de Dios: en él el Padre se autocomunica y se dona, y en esa comunicación personal revela al ser humano simultáneamente quién es él y quién es propio ser humano. Lo revela a la vez porque el ser humano está llamado a ser, en Jesucristo, hijo de Dios y por eso hermano de todos los seres humanos.

Este misterio lo comunicó Jesús no de una manera esotérica sino de un modo plenamente humano, lo que quiere decir con una gran sensibilidad hacia los demás, con una vida volcada a todos y con una gran capacidad de sintonizar. Pero esa capacidad de empatía no la utilizó para encantar a la gente de modo que girara alrededor de él, sino que la aplicó a desentrañar la realidad y a situar a cada ser humano ante su verdad para que eligiera vivir con autenticidad. Por eso la gente percibía que hablaba con peso, con autoridad: “No cabe duda de que Jesús fue un gran comunicador. La primera vez que habló en público, según Marcos (1,22), la gente se quedó admirada porque hablaba con autoridad; la gente disfrutaba escuchándolo (Mc. 12,37). Hablaba en las sinagogas y en el

templo, como también por las casas, plazas, en el campo y orillas del lago./ De forma masiva las personas se desplazaban para escuchar a Jesús (Cf. Mc 3,7-8), y lo escuchaban durante horas y aun días enteros (Mc 8,2-3). La escena más significativa del poder de su palabra es la de los guardias del templo enviados a prenderlo, que al ir abriéndose paso entre la gente, lo oyen hablar hasta que se detienen a escucharlo, se retiran sin detenerlo y argumentan ante sus jefes que: ‘Jamás nadie habló como este hombre’ (Jn 7,46)’ (Mc 78-79)”.

Jesús no hablaba encantando de manera que la gente perdiera el sentido de la realidad. Por el contrario, Jesús propiciaba verdaderos encuentros, tanto consigo mismo, como con los demás y con Dios. No ilusionaba, haciendo concebir a la masa falsas expectativas. Por el contrario, llevaba a no confiar en la riqueza ni en el poder, a no hacerse ídolos, y a confiar sólo en la misericordia de Dios y en la ayuda fraterna. A Jesús le gustaba desengañar a la gente a fin de que pudieran llegar a la verdad que hace libres y responsables. A este cambio de dirección vital lo llamaba conversión. Todo esto entraña el estilo comunicacional de Jesús: “Jesús, hablara a una persona, a un grupo o a multitudes, lo hacía siempre personalizando, porque daba que pensar, porque se dirigía al corazón de las personas, y llamaba a asumir responsabilidades. Jesús no proponía la voluntad de Dios como un código minuciosamente objetivado, como si vivir fuera actuar un libreto. Él iba a la raíz de las cosas. Por eso, antes que cosas puntuales, exigía un cambio total (Cf. Mc 8,34-38; Lc 11,23; 14,33), pero no en forma disciplinaria. Daba tiempo para que la persona lo percibiera como bueno y se decidiera por sí misma a dar el paso. Por eso invitaba: ‘si quieren...’ (Mt 19,21; 16,24)./ Sus parábolas revelan su estilo comunicacional: tratan de la vida ordinaria, inserta su discurso en lo cotidiano, a través de un lenguaje sencillo contundente y bien argumentado, presentando el Reino de Dios a los hombres. Hablar de la verdad era una constante en sus predicaciones: ‘ustedes conocerán la verdad y la verdad los hará libres’ (Jn 8,32)” (MC 80-81).

Por eso la propuesta de Jesús no se reduce a una técnica de mercadeo. Por el contrario su estilo comunicacional es la expresión genuina de su propia vida: “Hay que vivir como vivía Jesús. Ahí reside su autoridad; no en la erudición, o la riqueza, o el poder, sino en hacer presente a Dios como Padre que acoge, perdona y crea (Cf. Lc 4,36; 5,26; 7,16; 9,43; 18,43). Lo hace presente con su humanidad cabal. Por eso su palabra es la pura realidad, la verdad que hace libre a quien acepta caminar en su luz (Cf. Jn 8,31-32)” (MC 81).

La pregunta que surge es cómo llegar a su altura humana para poder comunicar como él. Si hemos asentado que él es tan humano como sólo el Hijo de Dios puede serlo ¿no nos cerramos nosotros la puerta para ser comunicadores como él? Esa puerta, que para nosotros ciertamente está cerrada, la abrió él mismo en la Pascua. Resucitó precisamente para habilitarnos: “Cristo, comunicador de la buena nueva del amor del Padre, envió el Espíritu Santo a sus discípulos para que anunciaran el Evangelio de la verdad y de la salvación a todos los pueblos” (MC 82)

Por eso todos los seres humanos podemos ser comunicadores al estilo de Jesús, porque en todos derramó su Espíritu. Lo derramó, como dice Joel citado por Pedro en Pentecostés, “sobre toda carne”. Los cristianos no tenemos ningún privilegio. Pero sí tenemos la misión y por tanto el encargo y el don, de revelar el nombre de este Espíritu, que mueve a todos. Así Jesús, evangelizado con su mismo Espíritu, puede ser reconocido como paradigma de humanidad y más concreto como paradigma de comunicación, por todos los seres humanos: “Para llevar a cabo su misión de evangelizar, todos los miembros de la Iglesia, con la palabra y con la vida, deben comunicar los grandes valores del Reino, ser sal de la tierra y luz del mundo, impregnando con ellos las realidades temporales con sabor evangélico y sembrando la Buena Nueva de Jesucristo en la mente y en el corazón de todos los hombre y mujeres” (MC 86).

Desde esta perspectiva plantea el concilio el desafío de una política comunicacional que nos comprometa a todos los que nos llamamos cristianos. Es cierto que serán imprescindibles mediaciones ideológicas, culturales y técnicas; pero no lo es menos que la perspectiva alumbrada por el concilio es un horizonte luminoso y que si los cristianos venezolanos lo asimiláramos y asumiéramos, tendríamos un marco y un dinamismo que actuarían como principios de convergencia: “El gran desafío de la Iglesia en Venezuela, en el campo de la pastoral de la comunicación social, consiste en formular y ejecutar una auténtica política comunicacional en la que estén comprometidos todos sus miembros y que le permita tener una presencia efectiva y eficiente en los diversos MCS y, al mismo tiempo, coordinar y articular sus propios medios con el objetivo de anunciar el Evangelio de Jesucristo en toda la extensión de nuestra patria” (MC 105).

Función de Jesús en la gestación de una nueva sociedad: Propone el horizonte alternativo, vive desde él, quita el pecado del mundo, privilegia a los oprimidos, acompaña y exige.

El concilio es consciente de que la configuración de la sociedad actual es altamente insatisfactoria y de que está en gestación una nueva sociedad. Hay actores sociales que resisten a esta transformación porque usufructúan este estado de cosas, y entre los que buscan un cambio, las inspiraciones y orientaciones no son obviamente coincidentes. La Iglesia en Venezuela, es decir todos los que nos llamamos cristianos y queremos vivir siguiendo el proyecto de Jesús, somos conscientes de que tenemos que estar presentes en esta transformación y comprometidos en ella desde la perspectiva de Jesús. Más aún, podemos asumir ese reto ingente con esperanza, porque sabemos que el propio Jesús nos acompaña en nuestro caminar. Por eso el concilio se refiere a la “presencia y compromiso que la Iglesia en Venezuela quiere asumir con un profundo sentido de esperanza, con la convicción de la compañía permanente del Señor de la historia” (CS 4).

La categoría en la que el concilio enmarca este esfuerzo transformador es la categoría central que aporta Jesús: la del Reino de Dios, que podemos caracterizar como el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. En efecto, al hacerse hermano nuestro el Hijo único de Dios, nos entrega a su Padre Dios como nuestro Padre materno, como el Padre materno de todos los seres humanos, y por tanto nos constituye a todos en hermanos: “El Reino de Dios, categoría trascendente, pero real y dinámica, estructuradora de toda la predicación de Jesús, es el ámbito de la comunión con Dios, así como de la comunión y solidaridad con los hermanos” (CS 73). Por tanto la entrega a Jesucristo, que nos constituye en cristianos, incluye la proclamación a todos de esta buena noticia que llena nuestros corazones, que consiste en que él nos ha hecho hijos y hermanos: “El acercamiento y la conversión a Jesucristo y a su Evangelio suponen, por parte de la Iglesia, una labor de evangelización que toque el corazón y la mente del hombre y de la mujer de hoy” (CS 74).

Pero esta proclamación no puede hacerse sólo de palabra: para ser fehaciente, debe estar refrendada por las obras, por la propia vida: “La invitación del Señor Jesús a sus discípulos, a ser sal de la tierra y luz del mundo, de manera que al ver sus obras los demás puedan dar gloria al Padre celestial (Cf. Mt 13,13-16), la compromete como discípula y testigo del Señor a afrontar con decisión los desafíos que le plantea la realidad venezolana” (CS 80). Por eso “el compromiso solidario de la Iglesia con los pobres, con los marginados,

con los oprimidos, con los débiles, con los tristes, con aquellos cuyos derechos han sido violados o amenazados, es también motivación, invitación y argumento para la fe del mundo en Cristo” (CS 81). Es así, porque es manifestación primaria de la caridad, que es lo que resume el legado de Cristo. Por eso la acción social de la Iglesia se fundamenta “en la urgencia del mandato evangélico de la caridad, a la manera de Jesús” (CS 78)

En efecto, si vivimos en una situación que de mil modos niega la fraternidad, el que se sienta hermano de todos, no puede no ponerse del lado de quienes son excluidos de los elementos indispensables para vivir. Más aún, esa actitud le abre los ojos para comprender que el hermanamiento concreto con los desposeídos, lo es con el propio Jesús, el Hermano universal: “Ante la dramática situación económica, social, política y ético cultural del país, la Iglesia en Venezuela se siente interpelada por las palabras del Señor: ‘En verdad les digo que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron’ (Mt 25,40)” (CS 77).

Los cristianos no podemos salvarnos del mundo pecador saliendo de él y refugiándonos en guetos. Esta actitud sería la negación más crasa de la fraternidad. Tenemos que quitar el pecado-del-mundo. Según el cuarto evangelio, para eso ha venido Jesús: para acabar con esa estructuración social, económica, política e ideológica, que se opone militantemente al plan de Dios de hacer de este mundo, el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. La Iglesia “participa en los esfuerzos por superar la situación social del país, porque en la complejidad y conflictividad de lo social se manifiesta el pecado del hombre, y la misión de la Iglesia es ser sacramento e instrumento de redención y liberación del pecado. La Iglesia anuncia el Evangelio de Jesucristo, Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (CS 83).

Para quitar el pecado-del-mundo a la manera de Jesús, el primer requisito es situarse en el lugar social donde él se situó y desde él optar por los que él optó y evangelizar a los que él evangelizó y de la manera cómo él lo hizo. Por eso la opción por los pobres debe manifestarse “como vivencia de la auténtica pobreza evangélica predicada y vivida por Jesús” (CS 85). “Esta fue la opción del mismo Señor Jesús en el misterio de su Encarnación: Él, ‘siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza’ (2 Co 8,9). Al comienzo de su ministerio público, Jesús proclamó haber sido enviado ‘a anunciar a los pobres la Buena Nueva’ (Lc 4,18); a los pobres que sufren el rechazo y el desprecio de la sociedad, Él los llama ‘bienaventurados’ (Cf. Lc 6,20). La opción por los

pobres y otros sectores discriminados de la población supone adoptar las opciones ya asumidas por el mismo Cristo, en su ministerio mesiánico, y que hunden sus raíces en la predicación de los profetas” (CS 86).

La opción por los pobres no es, pues, en el cristianismo algo lateral o derivado sino que es la consecuencia de nuestra opción fundamental, “la opción por Cristo y su Reino”. Es, pues, “abrazar la causa misma de Jesús” (CS 87). Por eso la opción por los pobres “es un signo o *sacramento* de la radicalidad del Reino de Cristo, y se presenta a todos los católicos como una exigencia ineludible de la fe” (CS 89). Para que no quede dudas de qué pobres se habla, prosigue el concilio: “La Nueva Evangelización debe afirmar, como Cristo, la opción de comunión y de solidaridad con los hermanos oprimidos en las categorías sociológicas y evangélicas de pobreza, marginalidad y en todo tipo de exclusión social” (CS 86-88).

El alcance de esta opción es muy vasto; pero tiene un elemento que sirve de prueba de la calidad evangélica de esta opción: contribuir a que los pobres y todos los involucrados en el proceso se constituyan como sujetos responsables y solidarios: “Esta opción nos llama a actuar en el mundo de lo económico, social, político y cultural, como agentes de cambio, cada uno según sus talentos. Como lo afirma el *Documento de Puebla* en su número 85: “El eje de la evangelización liberadora es Cristo, que transforma al hombre en sujeto de su propio desarrollo” (CS 89).

Nos sólo Jesús es, el proclamador e iniciador del Reino y el que nos da su Espíritu para que podamos construir ese mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, transformando las estructuras injustas y transformando los corazones; también el propio Jesús nos acompaña en esta lucha por la fraternidad en este mundo individualista y cruelmente competitivo: “Ante los posibles atropellos contra la justicia y la libertad, y frente a la corrupción y a la injusticia institucionalizada, se requiere la acción comprometida de todos los católicos, unidos a Cristo, con abnegación, sin odios ni violencias (Lc 13,31-32), pero dispuestos a sobrellevar adversidades con el fin de lograr una sociedad más justa, libre y pacífica” (C 116). El concilio insiste en un punto muy significativo en esta sociedad tan polarizada en la que se ha olvidado la pretensión de verdad: “no se podría hablar de verdadera libertad sin afirmar, con vigoroso acento profético, la relación inseparable que el Señor Jesús manifestó que debe existir entre ésta y la verdad” (CS 121).

Papel de Jesús en la evangelización de la cultura: Objetivos de las culturas como arquetipo de humanidad y criterio para discernir el relacionamiento personalizador en cada cultura.

Las culturas son los modos de habérselas con la realidad que tienen las distintas colectividades humanas para constituirse en humanas. Así pues, las culturas se conjugan en plural, los sujetos son las distintas colectividades humanas y el objetivo de las culturas es ayudar a sus miembros a constituirse en humanos. Este objetivo presupone que los seres humanos nacemos con todos los elementos que nos constituyen en seres humanos, pero que son las acciones humanas las que nos constituyen en cualitativamente humanos o las que nos deshumanizan.

El concilio es consciente de estos elementos. Se refiere por eso a las seis culturas que conviven en nuestro país: las indígenas, la afrolatinoamericana, la campesina, la criolla tradicional, la suburbana y la occidental mundializada (C 17-18) y tiene por tanto conciencia de la complejidad de la realidad cultural venezolana. Más aún, asume la formulación de la Constitución nacional, que asienta que somos un país multiétnico y pluricultural.

También se hace eco del papel de las culturas para lograr la humanidad cualitativa y por eso se propone la pastoral de la cultura, que tiene por objetivo la encarnación del evangelio de Jesucristo: “La Iglesia en Venezuela, consciente de que “es propio de la persona humana el no acceder a su plena humanidad sino a través de la cultura (GS, 53) se propone reflexionar el mensaje de Cristo y su presencia en la compleja realidad cultural venezolana, a través de una racional y eficaz pastoral de la cultura, abordando y orientando la actitud creyente, personal y eclesial, hacia la encarnación efectiva del Evangelio (...) ha asumido la apasionante tarea de la Nueva Evangelización, que tiene como meta renovar la vida según el mensaje de Jesucristo” (C 2)

Lo primero que asienta el concilio al respecto es que la humanidad plena no es una entelequia, al modo del mundo ideal que plasmó Platón, ni tampoco una idea reguladora, como propuso Kant. Menos aún es algo así como un consenso implícito entre los seres humanos, y desde luego que debe ser rechazada la imposición del ideal de cultura de la cultura occidental dominante, elevado a la categoría de paradigma universal. Para los cristianos Jesús de Nazaret es no sólo el ser humano más excelente, y en ese sentido el paradigma de humanidad para todos los seres humanos, sino más aún el que con su relación nos humaniza, y por eso el arquetipo de humanidad: “Los criterios de iluminación y juicio de esta realidad deben partir de la consideración de Cristo Jesús como modelo de

humanidad plena, verdadero mediador entre Dios y los hombres. ‘El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros’ (Jn 1,14). O con una formulación más clara todavía: “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado, pues Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación (Cf. GS 22). El misterio de la Encarnación nos lleva a asumir todo lo humano susceptible de ser llevado hacia Dios. La Encarnación del Verbo postula una actitud positiva de la Iglesia ante el mundo, pues todo lo humano es asumido en Jesús, menos el pecado (Cf. GS 2)” (C 61).

Desde Jesús, el cristiano se capacita para captar lo cualitativo humano dondequiera que se dé, para alegrarse con ello, para agradecerlo y para enriquecerse con su aporte. Por eso se complace en este mundo globalizado en el que la presencia de múltiples modos de llegar a constituirse como humanos se hace presente en el escenario compartido y obra como estímulo para salir de moldes estrechos y dirigirse a compartir y asumir todo tipo de realización que sea realmente humana. En este sentido subraya el documento: “La Buena Nueva de Jesucristo, único y definitivo salvador universal, personal e histórico, debe encarnarse en un marco de creciente pluralismo interreligioso e intercultural” (C 64). Por eso los que captamos a Jesús como arquetipo de humanidad y nos dejamos humanizar por él tenemos que mirar este tiempo sin miedo y con esperanza: “*¡No tengan miedo!* (Cf. Mc. 6,50). Esta exhortación divina (...) es la conversión espiritual, moral, intelectual y social que nos exige el Señor cuando se están abriendo nuevos tiempos y se plantean serios desafíos a la creatividad y libertad humanas” (C 76).

Si Jesús es el paradigma de humanidad cualitativa hacia el que tienden todos los seres humanos que buscan humanizarse en las diversas culturas, de ahí deduce el concilio la necesidad de proclamarlo: Para evangelizar la cultura hay que “dar a conocer a Jesús como el Señor, que nos revela al Padre y nos comunica su Espíritu” (C 68)

Ahora bien, este paradigma universal no es un ser humano abstracto, supracultural. Nos humanizó a todos con la humanidad de los hijos de Dios, desde su pertenencia a una cultura concreta. Por eso, además de revelar que toda cultura puede ser camino de humanización plena, nos ayuda a discernir las relaciones que tenemos que mantener con nuestra cultura para que a través de ella nos humanicemos plenamente: “Nacido de María virgen, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros menos en el pecado’ (GS 22, Cf. Hb 4,15). El designio universal de salvación de Dios se

realiza fundamentalmente por la presencia histórica de Cristo, quien ‘se unió por su Encarnación a las determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió’ (AG 10). El Dios totalmente otro se hizo en Jesucristo totalmente nuestro. ‘El Hijo de Dios encarnado en la naturaleza humana redimió al hombre y lo transformó en nueva criatura (Ga 6,15; 2 Co 5,17) superando la muerte con su muerte y resurrección’ (LG 7). Así se aclara que el camino del encuentro del hombre con Dios se hace a partir del discernimiento de la propia cultura para valorarla, potenciarla o superarla desde la propuesta de la Encarnación y de la Pascua” (C 59).

De ahí saca el documento una conclusión decisiva para nuestro tema: “Jesús nos ilumina acerca de los principios y criterios de la inculturación y la evangelización de las culturas. Él se encarna en la humanidad como un ser humano dentro de una cultura, la judía. De esa vivencia cultural, trascendida en su relación con el Padre, sacará su predicación y ministerio centrados en el Evangelio del Reino: el mundo fraterno de los hijos e hijas de Dios. Para hacer presente al Dios que es vida y misericordia se reúne, de preferencia, con los pobres y pecadores, escandalizando a los líderes y proclamando que para sus discípulos la verdadera riqueza era cumplir la voluntad de Dios mediante el servicio. Por todo ello es rechazado y condenado a muerte, ya que colocaba la verdad y la justicia como medida de toda autoridad y criterio para su seguimiento. De su vida se deduce que nuestro compromiso es con las personas, pero vivido en el seno de sus respectivas culturas, aunque sin absolutizarlas. Ello acarreará conflictos en Él y sus discípulos, pero privilegiando siempre la invitación al diálogo a todos, en particular a sus adversarios, por la convicción de que el mal se vence a fuerza de bien y porque nunca hay que desesperar de que Dios es capaz de convertir y salvar” (C 60).

Así pues, el compromiso es con las personas, en el seno de las culturas, pero con las personas, no con las pautas establecidas y absolutizadas ni con los personeros de la cultura, sacralizados de hecho. Por esa actitud lo hostilizaron los representantes de la cultura hasta condenarlo a muerte. Él en cambio, los siguió tratando como personas y nunca rehusó el diálogo con ellos.

Lo que le ocurrió a Jesús no fue algo episódico sino que refleja la tendencia que tienen las culturas a cerrarse sobre sí, absolutizando el orden establecido, que hasta hoy ha sido siempre más o menos asimétrico y discriminatorio. En estas condiciones, presentes con más o menos virulencia en todas las culturas, Jesús se pone del lado de los discriminados y oprimidos y combate a los que absolutizan el dinero y el poder, enseñando cuál debe ser el

lugar y la dirección de los que quieran ir en el camino de cualificar su humanidad: “Jesús proclama que son bienaventurados los pobres (Lc 6,20) porque ellos verán a Dios, y alerta sobre el peligro de poner la confianza en las riquezas (Mt 13,22; Mc 10,23). El Señor enseña, ante la práctica dominadora de las naciones, ‘que el que quiera ser el primero... sea el servidor de todos’ (Mt 20,26). Ante la tentación del poder Jesús proclama que ‘adorarás al Señor tu Dios y a él sólo servirás’ (Mt 4,10). Ante la pretensión humana del conocimiento infinito del bien y del mal, Jesucristo proclama la revelación del reino a los pequeños y sencillos (Mt 11,25), mientras que condena a quienes secuestran las llaves de la sabiduría (Lc 11, 52). ‘El que me ama guardará mi palabra’ (Jn 14, 23); esta palabra de Jesús fundamenta una ética cristiana, al tiempo que la lógica de la cruz cuestiona y trasciende toda pretensión absolutista del hombre” (C 70).

Ante la realidad de las estructuras opresoras y la resistencia de sus fautores a convertirse, el concilio insiste en que la encarnación, que ha hacerse desde abajo y a favor en primer lugar de los de abajo, incluye de algún modo la cruz, es decir que sigue la lógica pascual: “la inculturación del mensaje revelado tendrá que seguir la *lógica* propia del misterio de la Redención” (C 63). Este criterio de inculturarse desde abajo es el escándalo de la propuesta cristiana de inculturación, que abraza como hemos insistido todo lo cualitativo, pero que se sitúa en la perspectiva y la cercanía de los sacrificados por el orden establecido y de hecho sacralizado.

Como un aspecto de esta perspectiva de los de abajo y convergentemente como un elemento imprescindible del seguimiento de Jesús está la valoración del trabajo y consiguientemente de los trabajadores: “La realidad del trabajo es un elemento primario y humanizante de la cultura, a imitación de Jesús, ya que a través de él, los hombres y mujeres transforman la naturaleza, se educan en valores personales y sociales y colaboran, como co-creadores, con la obra divina hacia la plenitud del reino de justicia, amor y paz” (C 75).

El documento no sólo tiene en cuenta la tendencia a absolutizar el orden establecido que tiene toda cultura, sino que, como concreción de esta misma tendencia a la institución eclesial, reconoce que en la Iglesia también tienden a absolutizarse modos de inculturizar el evangelio que se dieron con mayor o menor acierto en el pasado, y ante esta tendencia recuerda que sólo Jesús es absoluto: “En cuanto a los criterios, el primero es que sólo Jesús es absoluto y modelo de vivencia cristiana, lo cual relativiza toda expresión histórica de relación con él, al tiempo que la adhesión a él convierte en un ser humano nuevo” (C

62). Creemos que este texto revela la sinceridad de los demás, ya que los obispos se aplican a sí mismos lo que antes dijeron a la sociedad.

En estos tiempos de mundialización, en los que al tener ante los ojos los problemas de todo el mundo, no sólo las guerras y violencias sino la ruptura del equilibrio ecológico, son propensos para catastrofismos, el concilio, sin embargo, se abre al horizonte de la esperanza desde el ser humano nuevo y pleno, vencedor de la muerte, que es Jesús de Nazaret. La fe, dice, descubre al creyente “que la historia actual se abre a un futuro de esperanza (...) Entonces Cristo recapitulará y reconciliará plenamente la creación, todo será suyo y Dios será todo en todos (Cf. 1 Co 15,28)” (C 77).

De todo lo dicho, saca el concilio varios desafíos. Ante todo, la necesidad de proclamar a Jesucristo como plenitud de realización humana para que la fe se haga cultura y sean superados los ídolos que nos degradan: “Dar prioridad a la acción explícitamente evangelizadora de la proclamación de Jesucristo, en toda la actividad eclesial, particularmente en el itinerario de iniciación cristiana de adultos y en la escuela católica, de modo que la fe se haga cultura en la vida de las personas y en el conjunto de la sociedad venezolana a la luz del Magisterio reciente de la Iglesia y de las ricas experiencias eclesiales existentes./ a) Proclamar con claridad y valentía a Jesucristo, como plenitud de realización humana, anunciándolo de palabra y de obra, como respuesta definitiva a los problemas que afligen al hombre y a la mujer de hoy. Así se puede superar toda absolutización e idolatría del poder, del dinero y del placer” (C 92)

Un desafío muy concreto para la Iglesia es relacionarse con el Estado y la sociedad en términos de servicio y en orden a la humanización integral desde el paradigma de Jesús: “Encarar, con serenidad y valentía creyentes, la novedad en las relaciones de la Iglesia con la sociedad y los poderes públicos, en términos de servicio, diálogo y profecía, en aras de una identidad basada en la fidelidad radical al Señor, un compromiso irreversible con la humanización integral del pueblo venezolano y un justo relacionamiento con la institucionalidad y autoridades del Estado” (C 94c)

Función de Jesucristo en la familia: Hacerse hermano de todos para introducirnos a todos, como Hijo Único, en la Familia Divina. La Familia es Sacramento al significar este amor de Jesús.

El punto de partida del concilio es la unidad del designio creador y por tanto la referencia de las estructuras primordiales de comunitariedad humana a la comunitariedad definitiva para la que somos creados. Somos creados para formar parte de la comunidad divina, y la familia humana es el símbolo de la familia divina a la que somos llamados. Por tanto de la comunidad trinitaria parte el impulso hacia la comunión, tanto en la familia como en la Iglesia, y hacia la solidaridad con todos para llegar a constituir una sola familia. Jesús juega un papel insustituible en este designio divino: “La familia fue constituida, desde su mismo origen, como la imagen terrena de la familia trinitaria y como ámbito insustituible de la existencia humana. En consecuencia, el crecer *con Cristo hacia la comunión y la solidaridad*, tanto para la Iglesia como para la familia, parte de la comunidad trinitaria” (F 2).

El concilio desglosa este horizonte afirmando que la comunidad del varón y la mujer, como paradigma de toda comunidad, es la que nos constituye en imagen del Dios comunidad. Por eso la comunidad, en cuanto es horizontal, mutua, libre y abierta, refleja a la comunidad divina y participa de ella. Por eso la familia es sagrada: “La primera referencia teológica en la familia es el Dios Uno y Trino. Lo es en un doble sentido: primero, porque la comunidad del varón y la mujer es imagen de Dios (Gn 1,27)” (F 37).

Pero, lo es, más aún, porque en su Hijo Jesús, Dios destinó a la comunidad humana a entrar en su familia. Este designio se llevó a cabo al hacerse Jesús nuestro Hermano: en él somos hijos de Dios. Como se echa de ver, en este segundo caso la familia no es ya cada familia sino la humanidad como una verdadera familia que tiene a Dios como Padre materno y a Jesús como Hermano mayor: “Dios destinó a la comunidad humana a que formara parte de la comunidad divina, como hijos en el Hijo (Cf. Ef 1,10; Co 1,19-20). La carta a los Hebreos explica cómo Jesús se hace nuestro hermano (2,11.14.17), para que al consumarse como Hijo (7,28) pudiera conducir a muchos hijos de Dios a la gloria (2,10), donde Él ya está como primogénito, al frente de la familia de Dios (10, 21)” (id).

Tenemos, pues, una triple referencia interna: la familia formada por el varón, la mujer y los hijos y demás parientes; la humanidad que está llamada a constituirse en la familia humana; y la familia divina a la que en Jesús somos

llamados a entrar. Como se ve, el papel de Jesús consiste en hacerse hermano de todos para introducirnos a todos, como Hijo único, en la familia divina.

Si por la referencia de las estructuras de la creación a la consumación en Cristo, la familia aparecía como el símbolo de la comunidad divina a la que, en Cristo, somos convidados, esa misma referencia interna aparece en la historia de la salvación. En efecto, en ella la relación, tendencialmente absoluta e incondicionada, de Dios con los seres humanos se presenta bajo la forma de la alianza, y el símbolo de esa alianza es la alianza matrimonial. Símbolo es más que metáfora: en el símbolo hay ciertamente una distancia respecto de lo simbolizado, pero también una referencia interna, un dinamismo hacia lo simbolizado. En este caso el dinamismo que conecta el símbolo de la familia con lo simbolizado, que es la comunidad divina, es el amor, que, como resalta con justicia el Cantar de los cantares, es llamada divina (8,6): “Dios quiso establecer con la humanidad una alianza eterna. Esta alianza fue simbolizada por los profetas con la alianza matrimonial (Cf. Os 2,4-25; Is 2-4; Ez 16 y 23)” (F 38).

Jesús asume de lleno este símbolo al presentarse como el novio de la humanidad, una autodenominación que está datada en tradiciones muy diversas y por eso es probabilísimo que provenga de él mismo y no sea sólo una interpretación pertinente de su figura. El matrimonio es misterio, es decir participa de la densidad de lo numinoso, porque es símbolo de la entrega de Jesús a la humanidad: “Asumiendo esta tradición, Jesús se presenta a sí mismo como el novio (Cf. Mc 2,19; Mt 22,2; 25,1; Jn 3,29); y la carta a los Efesios presenta al matrimonio y la familia como ‘misterio grande’ (Cf. 5,32). La alianza matrimonial, aunque presenta dificultades para mantenerse, está fundada en la capacidad que tiene el amor para perdonar, cambiar el corazón y lograr por fin la fidelidad. Es un misterio, porque simboliza la decisión irrevocable de Dios de sellar en Jesucristo una alianza eterna con la humanidad, de modo que Él sea para siempre nuestro Dios y nosotros su pueblo” (F 37-38).

Por eso puede decir el concilio que Jesús restaura el misterio del matrimonio en toda su integridad. Lo fundamental no es que declare que el *nosotros* al que tiende es, si se deja llevar por su dinámica interna, eterno, sino que esa consistencia de la entrega mutua es posibilitada por la entrega de Jesús a nosotros, que la sostiene, y por la entrega de su Espíritu que, con su fuerza, la potencia: “Este misterio de la familia, que se remonta al principio del gesto creador de Dios (Cf. Gn 1 y 2; FC 17); ese *nosotros*, base de todo amor y comunión (Cf. FC 11), desfigurado a lo largo de la historia por nuestra dureza

de corazón (Cf. Mc 10,5), fue reinstaurado por Jesús en toda su integridad (Cf. Mc 10,6-9)” (F 40). Por eso es misión de la pastoral familiar evangelizar este misterio: “Misión de la pastoral familiar es anunciar a la familia este *misterio grande* que se revela en el amor de Cristo, y acompañarla hasta hacer presente en ella ese misterio” (F 74).

Esta energía que Jesús y su Espíritu comunican a todas las familias, es la que está simbolizada en el sacramento del matrimonio cuando se lo realiza con pleno sentido: “Para instaurar a Cristo en la familia de hoy es necesario guiarla por un proceso de evangelización que parte del bautismo, pasa por la confirmación y Eucaristía, para llegar al sacramento del matrimonio, que constituye la base de la Iglesia doméstica y la fuente propia de un estado de gracia y santidad para los esposos y los hijos, según la afirmación del Vaticano II: “En virtud del Sacramento del matrimonio por el que significan y participan del misterio de unidad y de amor fecundo entre Cristo y la Iglesia (Ef 5,22), se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y en la educación de la prole” (F 41). Por eso el concilio subraya la necesidad de la preparación humana y cristiana para recibirlo: “preparación humana y cristiana al sacramento del matrimonio, con especial énfasis sobre el compromiso que adquieren como pareja y futuros padres, y sobre los aspectos de la paternidad y maternidad responsables que les pide el Señor de la Vida” (F 83 c)

Pero como la realidad del misterio se extiende más allá del sacramento del matrimonio, el concilio insiste que no se abandone a las familias que según la normativa eclesial no pueden participar de los sacramentos, porque hasta ellas sí llega el amor de Cristo que las une: “En el caso de aquellos que no pueden participar en los sacramentos, ‘los pastores están llamados a hacer sentir la caridad de Cristo’” (F 46).

Papel de Jesucristo en la juventud: Encuentro con Él como amigo confiable y exigente que invita a seguirlo para humanizarse y humanizar, por ser paradigma y arquetipo de humanidad

El Concilio es consciente de que la juventud es por una parte una etapa de la vida que ha de vivirse en sí misma, es decir que tiene que ser satisfactoria en sí misma y que no puede consistir en vivir en función de un futuro, sacrificando esos años, es decir desviviéndose en ellos, para que en la edad adulta pueda gozar de una posición confortable. Eso es lo que propone la dirección dominante de esta figura histórica y no sólo lo propone sino que presiona fuertemente para

que los jóvenes se asuman a sí mismos como el establecimiento lo ha programado. Ésta es la mayor tentación que tiene un joven actual. Si cae en ella, ya no vivirá con autenticidad sino en función del bienestar y el prestigio, que le compensan de haber renunciado a una vida genuina.

No pocos jóvenes que han aceptado esta propuesta del establecimiento, buscan compensarse en el tiempo libre con experiencias excitantes, que, sin embargo, saben que no contribuyen a su equilibrio, a su integración personal, a su humanización, sino que por el contrario completan su alienación.

Este problema se presenta con manifestaciones distintas pero con el mismo esquema de fondo en el cristianismo, porque en el ámbito eclesial no pocas veces se sacrifica también a los jóvenes, utilizando sus dotes y su generosidad para mil tareas, que los distraen de la dedicación a sí mismos.

Porque lo peculiar de este tiempo humano es que en él pone cada uno los ejes alrededor de los cuales girará toda su vida. El joven tiene que plantearse, discernir y decidir dónde quiere vivir, es decir a qué nivel de vida aspira. Si pretende algo muy superior al de origen, ya ha hipotecado su libertad porque para alcanzarlo tiene que aceptar las condiciones del sistema: ya ha vendido su alma. Si, por el contrario, decide que el nivel de vida no es lo que persigue absolutamente, le queda libertad para decidir de qué quiere vivir, es decir para vivir vocacionalmente, no sólo como un medio de vida sino como un modo de vida con el que, desarrollando con alegría los talentos recibidos, contribuya al bien de la sociedad y encuentre así a la vez la realización propia. Pero aún le queda elegir con quién quiere vivir, porque, si la pareja que elige no comparte esas decisiones básicas, vivirá peleando toda la vida, o tendrá que cambiar esas decisiones o tendrá que buscarse otra pareja.

Ahora bien, el proceso de tomar estas decisiones tiene que ser satisfactorio en sí mismo, humanizador. Porque el modo de producción determina el producto.

Pues bien, “en el momento de la vida en que la persona se va haciendo más consciente y responsable del propio desarrollo, la Iglesia propone a los jóvenes la persona y el mensaje de Jesucristo como horizonte de realización de sí mismos” (J 36). Es decir, que el concilio tiene la confianza en que este proceso de tomar su vida en sus propias manos, haciéndose cargo de ella, lo realizará el joven de manera mucho más fecunda, si se encuentra con Jesucristo. Por eso toma esta determinación: “Hacer una proclamación vigorosa de Jesucristo, que se ofrece a cada uno como amigo y compañero en la vida, y proponer el mensaje del Evangelio como camino de realización personal” (J 76)

¿Por qué es esto así? El documento condensa su propuesta en un párrafo del discurso que el Papa dirigió a los jóvenes venezolanos: “¡Jóvenes, abrid las puertas de vuestro corazón a Cristo! Él nunca defrauda (...). Ante el miedo al futuro, al compromiso, al fracaso (...) Él es la roca firme (Cf. 1 Co 10,4). Frente a doctrinas falaces y destructivas del ser humano, Él es la luz que viene de lo alto (Cf. Lc 1,78). Ante la tentación de los ídolos del poder, del dinero y del placer, Él nos hace libres (Cf. Ga 5,1)” (J 1).

Glosemos el texto: El joven está ante un proceso de toma de decisiones que lo va a marcar. Por eso es normal que tenga miedo a equivocarse y fracasar, pero no menos a comprometerse por un camino determinado, lo que implica dejar otras posibilidades. Ante este miedo a lo incierto y a las elecciones irrevocables, Jesús es presentado como una roca firme, es decir una persona siempre a la mano con quien dialogar, en quien confiar y con quien contar. No es un talismán para no equivocarse ni un seguro de vida, pero sí un amigo entrañable con el que siempre se puede contar y que posee la sabiduría de quien ha vencido las tentaciones y la misma muerte.

El joven se encuentra ante multitud de ofertas que se presentan siempre como las llaves de la vida, el éxito y la felicidad. Jesús, su persona, su vida y su mensaje, es el criterio para discernir todas las ofertas.

El joven en definitiva es fuertemente tentado de entregarse, es decir de poner el sentido de su vida, en el poseer, en el poder y en el placer. A eso apuntan la mayoría de las ofertas. La entrega personalizadora a Jesús hace libre de esos ídolos.

El documento conciliar explana en qué consiste y cómo se desarrolla esta entrega a Jesús. Ante todo se propone la misma relación como un contacto denso que colma la vida. Ese contacto lleva a asumir su estilo de vida. Y ese modo de vivir humaniza porque Jesús es arquetipo de humanidad, es decir no sólo un modelo excelentísimo sino fuente de vida: “Para que los jóvenes crezcan como cristianos, es indispensable que conozcan y se encuentren con Jesucristo, ‘camino, verdad y vida’ (Cf. Jn 14,6), y en Él encuentren respuesta a las ansias de realización personal y a la búsqueda de sentido de su vida (Cf. SD 119). El estilo de vida de Jesús debe convertirse en modelo y enseñanza para los jóvenes, que se hacen sus discípulos. Es la historia de Jesús de Nazaret en su juventud: ‘...crecía en sabiduría, en edad y en gracia tanto para Dios como para los hombres’ (Lc 2,52). Seguir a Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, nos perfecciona como seres humanos. Él es modelo de humanidad y Señor de la

historia. De ahí el desafío de presentar a Jesucristo y el mensaje evangélico ‘en forma atractiva y motivante’ (SD 119)” (J 40).

Muy acertadamente se presenta el crecimiento en todos los aspectos como el rasgo de Jesús que más cuadra a los jóvenes. En estos tiempos de posmodernidad esto no puede ser tenido como algo obvio, ya que lo que se le propone al joven es un actualismo experiencial sin ninguna secuencia, ya que no está anclado en la realidad, que funciona al modo de la droga y que, lejos de conducir a ningún crecimiento lleva a una ansiedad y hastío crecientes y, finalmente, cosa que puede parecer paradójica, al funcionalismo, ya que por un lado se necesitan acarrear incesantes e incluso crecientes recursos y por otro el hastío de la experiencia vacía de realidad lleva a la adaptación.

El talante que toma la relación entre el joven y Jesús es la amistad. Es lo que más necesita y desea el joven. El documento destaca dos rasgos de esa amistad. La disponibilidad y la exigencia. Ambos son indispensables para el crecimiento humanizador del joven: “El seguimiento de Jesús se hace experiencia de amistad. Él es el amigo con quien se puede contar, con quien compartir, del que se puede fiar. Sin el descubrimiento de esta posibilidad y sin la vivencia de esta cercanía, la figura de Jesucristo no fecunda la vida de los jóvenes, queda como al margen, no se la asume como un valor personal. (Cf. Jn 15,1-17). ‘Sólo Cristo es la piedra angular sobre la que es posible construir de manera sólida nuestra existencia. Solamente Cristo -conocido, contemplado y amado- es el amigo fiel que nunca nos defrauda, que se convierte en nuestro compañero de viaje y que con sus palabras hace que arda nuestro corazón’ (Cf. Lc 24,13-35)

Pero Jesucristo es un amigo exigente, con una exigencia radical al servicio del Reino. Como Hijo de Dios nos invita a romper esclavitudes y entrar en su intimidad (Cf. Ef 3,17-19; 4,22-24). Hay que elegir entre el verdadero Dios, que produce vida, y los ídolos, que llevan a la muerte. A todos dice: ‘Nadie puede servir a dos señores...’ (Mt 6, 24). Al joven rico le dice que no basta cumplir los mandamientos y que hay que seguirle compartiendo los bienes con los pobres y comportándose como Él: ‘Una cosa te falta, anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme’ (Mc 10,21)” (J 41-42).

El documento explana los jalones de este seguimiento y sus fuentes de alimentación. A eso van estas determinaciones: “Ofrecer aportes que alimenten el desarrollo de una espiritualidad juvenil desde la cotidianidad: la amistad e intimidad con el Señor, la orientación de la propia vida siguiendo los pasos de Jesús” (J 84)/ “Favorecer experiencias de oración que alimenten su relación

con Dios y su encuentro con Jesucristo, quien los invita a seguirle más de cerca” (J 85).

Insiste en que estas experiencias deben tener en cuenta la cultura juvenil: “Realizar con creatividad, según las características culturales específicas de los ambientes juveniles, actividades que conduzcan a una profundización de la fe y que faciliten experiencias de amistad con Cristo y de proyección hacia los demás” (J 94).

Un aspecto que el concilio pone especialmente de relieve por la dificultad que tiene en estos tiempos postmodernos es el de las exigencias concretas del seguimiento de Jesús, sobre todo la exigencia de llevar la cruz de cada día: “La celebración del Misterio Pascual de Jesucristo en la vida de cada día se convierte para los jóvenes en camino privilegiado para hacer real ese seguimiento. Es necesario asumir con coherencia la Cruz (Cf. Mt 16,24–26) del esfuerzo, del trabajo, del dolor, para experimentar la felicidad de una vida nueva en Cristo (Cf. Jn 10,10), del sentido pleno de la existencia, (Cf. Mt 5,5-11) del crecimiento hacia la santidad (Cf. Rm 8,18; 1 Ts 4,3)” (J 43). Por eso una determinación del documento es “proclamar la propuesta de vida cristiana, con todas las exigencias de Cruz que implica para un joven el seguimiento y discipulado de Jesús” (J 70).

Esta relación de amistad, al profundizarse se decanta como seguimiento que convierte al joven en un testigo de Jesucristo en nuestra sociedad: “Este mismo Jesús convoca y reúne en torno a sí a quienes quieren dejarse llevar por su Espíritu y se transforman en semilla de Reino, que nace y se renueva constantemente a lo largo de la historia. Los jóvenes, por su vitalidad, por su capacidad de crecimiento y constante renovación, son símbolo y realidad de la Iglesia” (J 44).

Por eso, dirigiéndose a ellos con gran confianza, les dice: “Son ustedes los que mejor pueden ayudar en su propia experiencia (...) a dar testimonio con su ejemplo, con su palabra y compromiso, de la presencia liberadora de Jesucristo en la historia de cada hombre y en el mundo en que vivimos” (J 38). Los jóvenes son testigos muy convincentes para los adultos, pero son imprescindibles para los mismos jóvenes: “Sean evangelizadores de los jóvenes. (...) Ustedes deben hacerse prolongación e instrumentos de Cristo entre sus compañeros y amigos: ¡Los jóvenes de hoy se salvarán por los jóvenes de hoy!’. Por eso ha promovido el Papa las Jornadas de la Juventud: para que ‘los jóvenes del mundo pudieran encontrar a Cristo, que es eternamente joven, y aprender de Él a ser evangelizadores de los demás jóvenes’” (J 49).

Para que esta tarea sea realizada con toda solvencia propone el documento la formación: “Es todo el hombre quien ha sido salvado por Cristo. (...) Por eso, propóngase una formación integral que parta de sus situaciones concretas y se comprometa a actitudes concretas” (J 51).

Todo esto lo resume presentando la pastoral juvenil como: “la acción organizada de la Iglesia para acompañar a los jóvenes a descubrir, seguir y comprometerse con Jesucristo y su mensaje para que, transformados en hombres nuevos, e integrando su fe y su vida, se conviertan en protagonistas de la construcción de la Civilización del amor” (J 35).

Eso se propuso el documento: “Presentar a los jóvenes el Cristo vivo, como único Salvador, para que, evangelizados, evangelicen y contribuyan, con una respuesta de amor a Cristo, a la liberación integral del hombre y de la sociedad, llevando una vida de comunión y participación” (J 4).

Función de Jesucristo en la Catequesis: Da el encargo, es contenido sustancial, inspira el método y es su finalidad: encuentro con él, que lleva a su seguimiento

El documento parte del hecho anómalo de que la catequesis que estuvo a la base de la cristianización de nuestro país fue predominantemente conceptual: se predicó la doctrina cristiana, que no incluía la vida de Jesús sino sólo su misterio. Los evangelios no fueron la fuente de nuestro cristianismo. Sólo se tuvo contacto con Jesús por la vía ritual, es decir por los ciclos de Navidad y Semana Santa. Había, sin duda, contacto vivo con Jesucristo, pero muy poca noticia de Jesús de Nazaret, y por tanto poca luz para su seguimiento concreto.

Además la transmisión ambiental de la fe se está debilitando hasta perderse en sectores cada día más amplios. Por esta razón la catequesis de catecismos, carece del presupuesto del encuentro vivo con Jesús de Nazaret, con su vida, que interpela, estimula y salva. Así lo reconoce el documento: “En Venezuela se da por supuesto que los catequizandos han sido evangelizados y se han convertido a Jesucristo. Al no tener establecido explícitamente el primer anuncio (*kerigma*) de la Buena Noticia de Jesucristo, la catequesis queda sin cimientos” (CT 24). Por eso, el primer desafío conciliar: “Ante el proceso de progresiva descristianización de la sociedad (...) el primer desafío es dar prioridad a la catequesis como proceso de iniciación y maduración de la fe, ante todo de los adultos, para que puedan hacer su opción personal por Cristo” (CT 105).

Así pues, el sentido de la catequesis no es memorizar un texto y ni siquiera comprender y asimilar una doctrina. Es la presentación personalizada de la persona viva de Jesús de Nazaret para que el catequizando pueda realizar a través del proceso catequético un encuentro personal con él, que lo lleve a la conversión, que se exprese en su seguimiento.

Por eso la fuente de la catequesis no puede ser otra que la Escritura, de la que los evangelios, que presentan la buena noticia de Jesús, son su corazón: “Una tarea básica de la catequesis es dar a conocer la Sagrada Escritura (Cf. DGC 39 b), proclamar que Jesucristo es su centro y llevar a los catequizandos a la confesión de fe en Jesucristo vivo” (CT 66).

El método de la catequesis no puede ser sino el mismo que desarrolló Jesús al proclamar el Evangelio: “La novedad en la catequesis proviene de seguir la pedagogía de Jesús de Nazaret (Cf. Mt 13). Él no sólo anunció el Reino de Dios por llegar, de palabra, sino que su misma persona fue, simultáneamente, anuncio y realización (Cf. Mt 11,2-11). Su pedagogía modela toda forma de catequesis. La Iglesia está evangélicamente urgida de catequizar al estilo de Jesús: con palabras y obras (Cf. Hch 1, 1). En consecuencia, catequizar es mucho más que enseñar una doctrina; es dar testimonio de la persona de Jesús, para que el catequizando lo busque, lo encuentre, lo siga y mantenga la *solidez* de las enseñanzas recibidas (Cf. Lc 1,4)” (CT 52; cf 85).

El texto recalca que la catequesis no puede asimilarse al método escolar sino que parte del testimonio vivo de Jesús por parte del catequista y se encamina al encuentro personal del catequizando con Jesús. Por eso el documento presenta al catequista como un profeta y un testigo: “El catequista es ante todo un profeta (...) porque su servicio específico es anunciar la Palabra, presentando el misterio de Cristo de modo situado (...) Es testigo, porque no habla de cosas que sabe de memoria, sino de su propia experiencia del misterio de Cristo” (CT 92).

Al ser un proceso vital, la catequesis no puede abstraerse de la vida, ya que sólo en la trama de la vida histórica se realiza la conversión, que se presenta como salvación integral, es decir no como huida de la historia sino como su planificación trascendente: “La catequesis actual debe asumir totalmente las angustias y esperanzas del hombre de hoy, a fin de ofrecerle las posibilidades de una liberación plena, las riquezas de una salvación integral en Cristo, el Señor’ (Med, Catequesis, 6)” (CT 79).

Por eso la catequesis desemboca en el seguimiento, que se expresa en un modo de vivir equivalente al que vivió Jesús: “La conversión a Jesucristo se

vive en su seguimiento: ‘Ven y sígueme’ (Mt 19,21). Es tarea de la catequesis ‘inculcar en los discípulos las actitudes propias del Maestro. El Sermón del Monte, en el que Jesús, asumiendo el decálogo, le imprime el espíritu de las bienaventuranzas, es una referencia indispensable en esta formación moral, hoy tan necesaria’ (DGC 85)” (CT 78).

Esta vida nueva en Cristo es la que se celebra realmente en la liturgia: “El cristiano confiesa a Jesucristo, celebra y ora. La celebración es elemento esencial de la fe cristiana. No es algo sobreañadido, sino inherente al Misterio de Cristo, que es anunciado y realizado, proclamado, actualizado y participado” (CT 69)./ “Las celebraciones sacramentales son los símbolos fundamentales de la fe, porque se refieren a Jesucristo como el gran sacramento y a la Iglesia como sacramento de Cristo” (CT 71).

En este documento se afirma con fuerza y precisión el horizonte genérico. Pero echamos de menos una alusión mucho más pormenorizada al modo como Jesús evangelizaba, para que sirviera realmente de paradigma de nuestra catequesis. Lo que se describe en los documentos sobre educación o medios de comunicación podía haberse realizado con mayor pertinencia todavía en éste. Esta ausencia de la mediación jesuánica se presta a ser llenada sólo por instancias técnicas, con lo que las afirmaciones de principio podrían verse en la práctica bastante desdibujadas.

Función de Jesús en el Ecumenismo: El que desara el dinamismo, el punto de llegada y el que lo sostiene con su oración. Por eso tenemos que orar en torno a Él, reunirnos en torno a Él como palabra y compartir la misión de la caridad

El documento sobre el ecumenismo está basado en la convicción de que Jesús fundó una sola Iglesia pluriforme: “Cristo fundó una única Iglesia sobre el fundamento de los Apóstoles; y a ellos les encargó, que difundieran el Evangelio por todo el mundo (cf. Mt 28, 16-20; Hch 1, 7-8)” (ED 21-23). Por eso “la unidad que buscamos no es ni absorción ni fusión, sino respeto de la multiforme plenitud de la Iglesia, la cual, de acuerdo con la voluntad de su Fundador, Jesucristo, debe ser siempre una, santa, católica y apostólica” (ED 35).

Por eso es el propio Jesús el primer interesado en la unión de sus discípulos, tanto que, para que se diera, ofreció al Padre su vida: “El Señor Jesús, antes de entregarse en la Cruz por la salvación del mundo, oró al Padre por la unidad de

los creyentes” (ED 21). Por eso el documento insiste en que “es verdad que el Señor llama con fuerza a sus discípulos a construir la unidad en la caridad y la verdad” (ED 29). Esa oración tan solemne de Jesús es sentida por el documento como el acicate del ecumenismo: “Conforme a la oración de Jesús, el ecumenismo es un movimiento, que ora y trabaja por la unidad de los cristianos” (ED 25)./ “El ecumenismo busca llevar a la práctica la oración de Jesús por la unidad (cf. Jn 17, 21)” (ED 32).

Por eso la oración en común, alrededor de Jesús, es un ámbito privilegiado para encaminarse hacia la unidad: “‘Si los cristianos, a pesar de sus divisiones, saben unirse cada vez más en oración común en torno a Cristo, crecerá en ellos la conciencia de que es menos lo que los divide que lo que los une. Si se encuentran más frecuente y asiduamente delante de Cristo en la oración, hallarán fuerza para afrontar toda la dolorosa y humana realidad de las divisiones, y de nuevo se encontrarán en aquella comunidad de la Iglesia que Cristo forma incesantemente en el Espíritu Santo, a pesar de todas las debilidades y limitaciones humanas’ (UUS 22)” (ED 33b).

Si nos sentimos urgidos por el propio Señor a buscar por encima de todo la unidad, no podremos permanecer anclados en un pasado de desgarrones, denuncias mutuas e incomprensión generalizada: “Participar en el movimiento ecuménico implica no permanecer ligados e inmóviles ante las separaciones del pasado, sino remover los obstáculos que impiden la unidad querida por Jesús para su Iglesia” (ED 32).

Más aún, venciendo todo sectarismo, hemos de comenzar por desterrar lo que en nosotros mismos es causa o motivo de división: “El ecumenismo implica una conciencia por parte de los católicos de las propias deficiencias, considerando ‘con ánimo sincero y diligente, lo que hay que renovar y corregir en la misma familia católica para que su vida dé más fiel y claro testimonio de la doctrina y de las normas dadas por Cristo a los Apóstoles’ (UR 4)” (ED 34). Es Jesús el que nos da el ejemplo de esta actitud de amplitud que excluye el sectarismo: “Para el diálogo ecuménico resulta muy inspiradora la actitud de Jesús: En efecto cuando en una ocasión, Juan le dijo a Jesús: ‘Maestro, vimos a uno que no era de los nuestros y que expulsaba a los espíritus malos en tu nombre, pero como no anda con nosotros, se lo prohibimos’. Jesús contestó: ‘No se lo prohíban, ya que no es posible que alguien haga un milagro en mi nombre, y luego hable mal de mí. El que no está contra nosotros, está con nosotros’ (Mc 9, 38-39)” (ED 22).

La primera actitud, absolutamente radical, que tenemos que cultivar para caminar hacia la unidad es el amor mutuo: “El Ecumenismo supone la convivencia en la caridad recíproca de todos los que confesamos a Cristo: hay un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo (cf. Ef 4, 3-5)” (ED 33). La conclusión es que debemos vivir con un solo corazón.

El patrimonio común de los cristianos es la Biblia, por eso cuando nos reunimos en torno a ella como discípulos y no como maestros de diversas escuelas, la Palabra nos encamina hacia la unión de horizontes y corazones: “La escucha común de la Palabra, [que] nos convoca a la unidad, ya que la Biblia es ‘un instrumento insigne en las manos poderosas de Dios para obtener la unidad que el Salvador ofrece a todos los hombres’ (UR 21)” (ED 33a).

El otro medio efficacísimo de acercamiento entre los cristianos, ya que es ejercicio conjunto de la misión que nos encomendó Jesús como participación de la suya, es la solidaridad: “Compromiso social (...) ‘Por medio de esta cooperación, todos los que creen en Cristo pueden aprender fácilmente la manera de llegar a conocerse mejor y estimarse más mutuamente, y allanar el camino de la unidad de los cristianos’ (UR 12)” (ED 33e).

Función de Jesús en la proclamación profética del evangelio: Evangelizador del reino y contenido central del evangelio, revela a la vez a Dios y al ser humano, paradigma y arquetipo de humanidad. Encuentro con él para seguirlo y comunicarlo

Este primer documento conciliar es un documento programático. Se propone no sólo argumentar la necesidad de evangelizar a Jesús de Nazaret sino evangelizarlo efectivamente dando los elementos para llevarlo a cabo y plasmando los desarrollos más significativos. Asentando que no se puede presuponer que se haya dado esa proclamación, insiste en que hay que hacerla no sólo entre los que no son cristianos sino entre los bautizados no evangelizados e incluso entre los practicantes, para lograr un encuentro personal con Jesús, que lleve a un cambio de vida, que se exprese en vivir en su seguimiento en una comunidad cristiana y en comunicarlo a los demás.

Como la proclamación de Jesús incluye la del Reino de Dios, que es la causa de su vida, y como vivimos en su situación de pecado, es decir de antirreino, la proclamación ha de ser profética. Como en nuestro país existen seis culturas y la institución eclesial pertenece sólo a una de ellas, es indispensable que

se inculcare el evangelio en las demás, para lo cual hay que evangelizarlas inculturadamente.

Como se ve la función de Jesús en este documento es central, más aún, estructural.

Ante todo el documento asienta el significado concreto del Evangelio y que nosotros, prosiguiendo la misión de Jesús, proclamamos una buena noticia muy específica: “Evangelizar es proclamar la liberación salvadora de Dios en la historia de cada pueblo. ‘Jesús ... proclamaba la Buena Nueva de Dios; el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en la Buena Noticia’ (Mc 1,14-15) (...) ‘la tarea fundamental a la que Jesús envía sus discípulos es el anuncio de la Buena Nueva, es decir, la Evangelización’ (EA 66)” (P 2). “La Iglesia en Venezuela, obediente al mandato del Señor (Cf. Mc 16,15), quiere proclamar, con obras y palabras, fatigas y sufrimientos, dentro del espíritu de las bienaventuranzas, la Buena Noticia del Reino (Cf. EN 11)” (P 65).

Así pues el dador del Evangelio es Dios y el contenido su Reino, que es la liberación que su presencia trae a la historia. Jesús es en primer lugar el evangelizador, es decir el que nos revela el designio de Dios. Pero como nos lo revela no sólo con palabras sino con obras, es decir realizándolo, él es totalmente interior al Reino, porque mediante Jesús y la historia que él desencadena, se lleva a cabo la salvación definitiva de Dios. Por eso “evangelizar es hacer presente a Jesucristo, Palabra de Dios, en la historia de cada pueblo” (P 3). Esto es lo que se propone la Iglesia venezolana en el concilio: “La Iglesia que peregrina en Venezuela quiere renovar, con responsabilidad y valentía, su misión de anunciar, con palabras y obras, a Jesucristo, en las circunstancias concretas en las que ahora vive. Este es uno de los objetivos principales del Concilio Plenario” (P4). Y, expresado de modo más concreto y en su articulación trinitaria: “La Iglesia que peregrina en Venezuela (...) quiere profundizar, vivir y anunciar, en la historia concreta de nuestro pueblo, el designio benevolente (Cf. Ef 1,9) del Padre, revelado plenamente en Jesucristo y realizado con la fuerza del Espíritu Santo” (P 65).

Esta propuesta es imprescindible por esta dolorosa constatación: “Muchas veces Cristo no ha sido el centro de la predicación” (P 27). O, más explícitamente aún: “La mayoría de las veces la acción pastoral ha dado por supuesta la fe en Jesucristo y su proyecto liberador y ha prescindido del anuncio evangélico” (P 25).

Pero este anuncio sólo puede hacerse desde dentro porque lo que no se asume no se salva. Por eso, como condición evangelizadora propone: “La Iglesia en Venezuela, hoy, quiere continuar esta misión examinándose a sí misma, haciendo suyas las angustias y esperanzas del pueblo venezolano para comunicarle con mayor eficacia la buena noticia de Jesucristo y su proyecto salvador” (P 1). En este pueblo los privilegiados en la evangelización han de ser los pobres. La opción por los pobres no es una ideología sino el “cumplimiento de la misión del Señor Jesús: ‘A los pobres les llega la Buena Noticia’ (Lc 7,22)” (P 19). Entrar dentro es entrar en las culturas: “Nos estamos dando cuenta de que entrar en la cultura es condición indispensable para anunciar la Buena Noticia de la persona y el proyecto de Jesús” (P 13). Y el test de la madurez de la adhesión al Señor es convertirse en evangelizadores: “Se toma conciencia de que el anuncio explícito de la persona y de la propuesta salvadora de Jesucristo debe llegar a todos los pueblos. Como fruto de un intenso encuentro con el Señor se refuerza la vocación misionera de todos los bautizados” (P 23).

Veamos cómo desarrolla el documento este programa. Ante todo explana el significado del Kerigma: el anuncio de Jesús que desemboca en la fe en él como un ser viviente, vencedor de la muerte, evangelio del Padre, en quien confluyen los caminos de los seres humanos, Señor de la historia y salvador de todos: “El primer anuncio (kerigma) busca suscitar o revivir la fe en Jesucristo que nos salva aquí y ahora. El centro de la misión de la Iglesia es llevar a todos los hombres a descubrirlo y aceptarlo. ‘Ella está llamada a proclamar, con claridad y valentía, que Jesucristo es el Evangelio del Padre, que hacia Él convergen todos los caminos del hombre, que es el Señor de los tiempos’ (SD 3); a anunciar que Cristo vive realmente, es decir, que el Hijo de Dios que se hizo hombre, murió y resucitó, es el único salvador de todos los hombres y de todo el hombre, la respuesta definitiva a la pregunta por el sentido de la vida y a tantos problemas que asedian a los hombres y mujeres de nuestro país y nuestro continente (Cf. EA 10); y que, como Señor de la historia, continúa actuando en la Iglesia y en el mundo por medio de su Espíritu hasta la consumación de los siglos (Cf. EA 68)” (P 68).

El concilio, siguiendo a la *Gaudium et Spes*, explana cómo Jesús es a la vez el revelador del Padre y del sentido del ser humano. Desarrolla resumidamente cómo su vida es a fondo y de modo absoluto la de Hijo de Dios. Y, como al vivir así se constituye en un ser humano pleno, nos revela que Dios

es la fuente de la humanización, y que nuestro destino es llegar a ser en él, en su fraternidad, hijos de Dios, hijos en el Hijo, y así seres humanos en plenitud: “Jesús nos revela a la vez a Dios y a nosotros mismos (Cf. GS 22.38-39.45). ‘Jesús, el que inicia y consuma nuestra fe’ (Hb 12,2), al aceptar la relación filial con Dios y corresponderle como Hijo, al vivir con una libertad y plenitud humana inigualables, revela a Dios como el Dios de la vida, como la fuente de la humanización. Su propuesta fue rechazada por las autoridades religiosas y políticas; pero Él, pidiendo perdón por los que lo mataban, murió confiándose en brazos de su Padre en el momento en que sentía su ausencia. Así se consumó como Hijo y Hermano. Al resucitarlo, Dios lo reivindicó; y, al instaurarlo como Señor, nos advierte que sólo Él es camino que lleva a los seres humanos a su plenitud” (P 70).

El Dios que experimentó Jesús y que, al hermanarse a nosotros, nos lo comunicó, no es el Dios de los dioses y el Señor de los señores, no es el patriarca celestial que exige honor y sumisión a cambio de protección, sino el papá querido y entrañable que quiere absolutamente nuestro bien y con el que se trata con confianza absoluta y a quien uno se entrega con alegría: “Jesucristo nos revela a un Dios Padre que salva a su pueblo. Nos descubre que Dios no es un ser lejano e indiferente sino un ‘papá querido’, ‘Abbá’ (Cf. Mc 14,35; Rm 8,15; Ga 4,6), a quien podemos tratar con confianza y familiaridad, a quien debemos agradar” (P 71).

Pero este Dios no nos llama a una intimidad ahistórica sino a la transformación de todo para que esta historia llegue a ser el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, es decir, nos llama al Reino: “Jesús nos trajo la buena noticia de la llegada del Reino de Dios. En efecto, el centro de la predicación y de la actividad de Jesús es la llegada del Reino de Dios” (P 73). La conversión es la “adhesión a la persona de Cristo y al programa de vida -vida en realidad ya transformada- que Él propone. En una palabra, adhesión al reino, es decir, al *mundo nuevo*, al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio” (EN 23)” (P 69). O, en términos del cuarto evangelio: “El Señor ha venido para que tengamos ‘vida y vida abundante’ (Cf. Jn 10,10)” (P 66).

Esta vida plena no nos adviene de una manera externa como un premio que nos da el Padre por reconocer a su Hijo. La transformación se va dando en el seguimiento, al revestir los mismos sentimientos y actitudes de Jesús, sobre todo su actitud servicial, su existencia a favor de los demás. Al seguir a Jesús nos humanizamos porque Jesús es el ser humano más excelente, es decir el

paradigma de humanidad: “Jesús es modelo de humanidad. Aceptarlo es asumir un proyecto de humanización: ‘Ámense como yo les he amado’ (Jn 15,12). ‘Si yo les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros’ (Jn 13,14). ‘Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús’ (Flp 2,5). Según el Nuevo Testamento, Jesús es el hombre nuevo, el nuevo Adán, modelo de humanidad. Como Verbo Encarnado es la plenitud del hombre y medida de toda conducta moral (Cf. SD 231). ‘Jesús es paradigma de toda actitud personal y social’ (SD 254). ‘El que sigue a Jesucristo, hombre perfecto, se perfecciona en su ser de hombre’ (GS 41)” (P 75).

Pero su seguimiento nos humaniza también, porque de él mana humanidad, porque él es el arquetipo de humanidad. Por eso nuestro esfuerzo por superar todo lo malo que hay en nosotros y en nuestro ambiente está posibilitado por la fuerza que irradia del mismo encuentro que es trasformador: “El encuentro con Jesús es transformador y exige conversión personal y colectiva. No podemos pretender creer en Jesucristo y vivir en la indiferencia, en la permisividad y sin compromiso alguno. Este encuentro lleva a un compromiso de vida: ‘encontrar a Cristo vivo es aceptar su amor primero, optar por Él, adherirse libremente a su persona y a su proyecto, que es el anuncio y realización del Reino de Dios’ (EA 68). Jesucristo es camino de conversión (personal, comunitaria y social), de comunión eclesial y de solidaridad con los más débiles” (P 76).

El documento insiste en que es el Espíritu el que nos posibilita seguirlo desde dentro: “Jesús nos envía su Espíritu para que escuchemos su mensaje, lo actualicemos y pongamos en práctica (Cf. Jn 16,13). El Espíritu nos capacita para seguirle en fidelidad creadora. El Espíritu nos hace descubrir a Jesús como el Señor, nos hace llamar a Dios Padre y nos hace vivir como hermanos” (P 80).

Retengamos el dato sustancial de que el Espíritu nos posibilita para seguirlo con fidelidad creadora. Pero más en concreto ¿qué significa seguirlo? ¿En qué se diferencia de la imitación? Imitarlo es copiar sus palabras y obras. Seguirlo es relacionarnos con nuestra situación de modo equivalente a como él lo hizo con la suya. Imitar no plenifica sino aliena. Seguirlo no, porque la fidelidad del seguimiento no es exterior, como la imitación, sino que requiere creatividad para encontrar esa equivalencia y para realizarla: “La fe cristiana no es sólo relación personal con Jesucristo y confesión de su divinidad, sino también seguimiento. ‘Seguirle es vivir como Él vivió, aceptar su mensaje, asumir sus criterios, abrazar su suerte, participar en su propósito que es el plan del Padre: invitar a todos a la comunión trinitaria y a la comunión con los hermanos en una

sociedad justa y solidaria.’ (EA 68)”./ “La fe cristiana es también testimonio en cada situación, en cada época histórica y en cada cultura, del Evangelio de Jesucristo. Ser cristianos es sentirse llamados y enviados por Jesús a continuar la misión que Él comenzó: ‘Como el Padre me ha enviado así los envío yo’ (Jn 20,21). La fe cristiana es recreación de la práctica liberadora de Jesús en diferentes lugares, tiempos y culturas. Se trata de hacer, aquí y ahora, cosas semejantes a las que hizo Jesús” (P 78-79).

Varias veces nos explaya el concilio cuáles son esas cosas equivalentes que nos encomienda hacer. En una cita anterior lo había resumido diciendo que consistía en llamar a Dios Padre y vivir como hermanos; en la que acabamos de citar se trata de invitar a todos a la comunión trinitaria y a la comunión con los hermanos construyendo una sociedad justa y solidaria. El texto todavía lo explana más: “entrar en la intimidad de Dios; anunciar que las cosas pueden cambiar si nos dejamos ayudar por Él; denunciar lo que se oponga a los planes liberadores de Dios; buscar a los pecadores de hoy para hacerles sentir el amor y la solidaridad del Señor; preferir a los pobres como compañeros de vida; anticipar con acciones el mundo fraterno y justo que queremos construir. Jesús encarna la propuesta novedosa del Reino y confía esa misión a sus seguidores, la Iglesia: ‘Transformar desde dentro, renovar la misma humanidad’ (EN 18)” (P 79).

El texto subraya con énfasis la acción con los pobres. Ante todo la del mismo Jesús: “Inicia su vida pública proclamando que Él ha venido para anunciar la Buena Noticia a los pobres, para proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor (Cf. Lc 4,18-19). Tiene una actuación que concreta esta misión: prefiere a los marginados (pobres, publicanos, samaritanos), come con pecadores, hace signos (milagros) que indican que Dios está cambiando las cosas a través de Él. Señala que el camino hacia Dios pasa por el amor y la solidaridad con los más débiles” (P 74). A continuación, la que espera de nosotros: “La comunidad de los seguidores de Jesús, la Iglesia, debe ser, como Él, pobre y solidaria. Desde su pobreza y desde su preferencia inequívoca por los pobres, debe anunciar el Evangelio a todos: ‘Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres’ (LG 8)” (P 81).

Por eso, ante el prejuicio ambiental de la opción por los pobres, que los medios de comunicación y un cierto ambiente clerical han demonizado como si fuera una opción política que aleja de las fuentes cristianas, el concilio propone: “Dar razón de esta opción preferencial como respuesta a la opción de Dios por

ellos y al ejemplo de Jesucristo que se hizo pobre entre los pobres” (P 122). Y toma esta determinación: “Se esforzará por crear conciencia, en todos los ambientes y comunidades cristianas, del significado de esta opción, a ejemplo de cuanto realizó Jesucristo” (P 159).

Esta opción ha de vivirse como espiritualidad: “Animar una espiritualidad encarnada y solidaria que parta de una cercanía íntima con el Señor y de la contemplación de Cristo presente en los empobrecidos” (P 109).

Por todo lo dicho, el documento (y se puede decir que todo el concilio) está centrado en el encuentro personalizador con Jesús de Nazaret resucitado, porque de este encuentro brota el seguimiento que trae la salvación, entendida como humanización, es decir constituirnos en hermanos e hijos de Dios y construir el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios: “Todos debemos abrirnos constantemente, como Pueblo de Dios que somos, a un renovado encuentro con Jesucristo que nos lleve a la conversión y al testimonio de vida” (P 3.2.1.1). “La Iglesia en Venezuela, para cumplir su misión de ‘anunciar el Evangelio a toda criatura’, está llamada a vivir en profundidad su encuentro con Jesucristo, a proclamar, con el testimonio de vida y con la palabra, su muerte y resurrección, y a denunciar cuanto nos aleje de Él” (P 105).

Por eso esta determinación: “Promover en todo el Pueblo de Dios, comenzando por los Obispos, el clero y los consagrados, una reflexión frecuente sobre las exigencias que tiene el anuncio y el seguimiento de Jesús, en la vivencia personal y comunitaria, en nuestra conciencia de pertenencia a la Iglesia y en el testimonio que estamos dando” (P 107).

Y de modo más global, es decir resumiéndolo todo, determina “dar absoluta prioridad a la proclamación de la Buena Noticia de Jesucristo, el enviado del Padre, y fomentar que todo cristiano ‘se encuentre con Él’, ‘se entregue a Él’ y ‘le siga’, como el criterio de renovación, para una vida en el Espíritu” (P 151).

El documento desarrolla los medios para que acontezca este encuentro o, por mejor decir, los lugares o “sacramentos” en los que él se nos hace presente: “Jesús resucitado se encuentra con nosotros de diversas formas. La Palabra es una de ellas. La lectura orante de la Biblia, los sacramentos (especialmente la Eucaristía) y los hermanos (sobre todo los más necesitados, los pobres) son formas privilegiadas de encontrarse personal y comunitariamente con Jesucristo (Cf. Lc 24, 25-27)” (P 77).

Privilegia, como una novedad epocal en la que ve un signo de los tiempos, la lectura orante de la Palabra. Por eso determina: “Recuperar en el ámbito católico, en todo el proceso de iniciación cristiana y en toda la vida, la lectura orante de la Biblia, que lleve a la adhesión de corazón y a la entrega vital a la persona y mensaje de Jesucristo” (P 106).

También se refiere repetidamente a las culturas en las que latan las “semillas del Verbo”, que debemos reconocer y cultivar. En primer lugar insiste en que la encarnación del Hijo de Dios fue inculturada: “Dios escogió una cultura, la judía, para entrar en diálogo con los hombres e invitarlos a la salvación. Penetró en esa cultura, la purificó y fecundó: ‘nacido bajo la ley para rescatar a los que se hallaban bajo la ley’ (Ga 4,4-5)” (P 84).

Sin embargo, encarnarse en la cultura judía no implica absolutizarla: “Encarnado en la cultura judía, el mensaje de Jesús trasciende toda cultura: no ha venido sólo para los judíos, sino para toda la humanidad” (id). “La fe trasciende las culturas sin agotarse en ninguna de ellas. Hay que anunciar la buena noticia de la persona y el proyecto de Jesús a todos los pueblos” (P 90). Y hacerlo desde dentro porque “lo que no asume en Cristo, no es redimido” (P95).

Por eso la Iglesia primitiva emprendió la oportuna inculturación de la persona de Jesús a la cultura helenista: “En el ambiente judío se prefiere llamar a Jesucristo “Hijo del hombre”; en las comunidades judeocristianas se le llama preferentemente “*Kyrios*” o “Señor”. En las comunidades griegas se le llama “*Logos*” o “Palabra”. Se trata de diversas maneras de proclamar lo esencial de la fe cristiana: Jesucristo, Hijo de Dios, es Salvador” (P 85).

Tampoco nosotros podemos absolutizar la inculturación del cristianismo en la cultura criolla, sino que debemos relativizarla e inculturarlo en las demás, es decir en las culturas populares: “Es necesario que reafirmemos nuestro propósito de continuar los esfuerzos por comprender cada vez mejor y acompañar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos” (P 91). Y no sólo en las populares sino también en las emergentes. Por eso se pregunta: “¿Cómo presentar a Jesucristo como salvador a los indígenas, a los campesinos, a los habitantes de los barrios, a los estratos de clase media y alta, a los universitarios y artistas en sus propias claves actuales?” (P 89).

Por último especifica los destinatarios, además de los propios cristianos de los que ya hicimos mención. En primer lugar los bautizados no evangelizados: “Debemos anunciar, de palabra y con el testimonio personal y comunitario, la

Buena Noticia de Jesucristo, a un pueblo que necesita la experiencia del encuentro con su Salvador” (P 3.2.1.2).

En segundo lugar, los cristianos alejados: “Renovar la dimensión misionera de la fe, prestando una atención especial a los bautizados que viven como si no conocieran a Cristo” (P 3.2.3.2).

Y en tercer lugar, los que no lo conocen porque no han oído hablar de él: “Revelar a Jesucristo y su Evangelio a los que no lo conocen: he aquí el programa fundamental que la Iglesia, desde la mañana de Pentecostés, ha asumido, como recibido de su Fundador’ (EN 14)” (P 100).

Hoy vivimos en una época mundial; por eso nos hemos hecho cargo, porque está presente en nuestro horizonte, de que “gran parte de la humanidad no conoce todavía a Jesucristo y su propuesta de salvación liberadora. El anuncio del Evangelio a los que todavía no se han encontrado con Jesús constituye la misión ‘ad gentes’” (P 100).

Por eso, dos propuestas: avivar la dimensión misionera en todo cristiano y la vocación misionera de aquellos a los que el Señor se la conceda: “Despertar y reforzar la vocación misionera de llevar el Evangelio a aquellas personas y pueblos que todavía no conocen a Cristo” (P 3.2.3.3)./ “Suscitar y promover la dimensión misionera de la vocación cristiana, de modo que todo bautizado se sienta misionero, ‘enviado’ por el Señor a los demás, cualquiera sea su estado de vida” (P 170).